

QUE HABLE



CUANDO LAS MUJERES SON LAS NARRADORAS

LA HISTORIA CAMBIA

CASANDRA

ELIZABETH LESSER

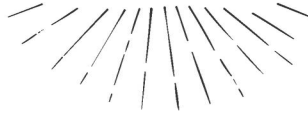
Traducción de:
ANA ISABEL SÁNCHEZ DÍEZ



MAEVA



*A Rahmiel y Eve,
Daniel y Taylor,
Michael y Rebecca,
y la siguiente generación
que estáis criando.*



Querido lector:

A los humanos nos encantan las historias. Siempre nos han encantado. Las escribimos y las leemos, las contamos y las enseñamos, aprendemos de ellas y nos dejamos guiar por ellas. A lo largo de los siglos, la mayoría de los relatos sobre el origen de la humanidad, la mayoría de los cuentos sobre el viaje del héroe, de las novelas y de las películas, los han creado los hombres. Los valores y las prioridades conforme a los que vivimos están engastados en esas historias, así como lo que creemos acerca de las mujeres y los hombres, el poder y la guerra, el sexo y el amor.

Pero ¿y si las mujeres también hubieran sido las narradoras?
¿Qué historia habría contado Eva acerca de la manzana?
¿Qué habría dicho Pandora sobre el momento en que abrió la caja?
¿Y qué hay de las demás historias de todo el mundo que presentan a las mujeres como volubles, pecaminosas e indignas de confianza?

Saqué el título de este libro del antiguo mito griego de Casandra, otra mujer temprana en la que nadie confiaba. Era una princesa troyana a la que los dioses le habían concedido el don de la profecía, pero a la que también habían maldecido: nadie creería en sus predicciones. Nadie la tomó en serio ni siquiera cuando estalló la guerra sobre la que les había advertido. La mayor parte de las mujeres se ven reflejadas en la historia de Casandra: sabemos lo que nuestra familia necesita, lo que nuestro lugar de trabajo necesita, lo que el mundo necesita y, sin embargo, nuestra voz se denigra e ignora.

Escribí este libro porque creo que, cuando la voz femenina se tenga en igual valía, la cultura cambiará y emergerá un tipo

distinto de héroe: un héroe que valore los cuidados, que abogue por la compasión y eleve la comunicación por encima de la venganza y la violencia. Escribí este libro como llamamiento para que todo el mundo redefina lo que significa ser humano en plenitud.

A lo largo de mi vida he transitado principalmente dos caminos: el espiritual y el feminista. Son caminos que a veces se cruzan, pero que, en otras ocasiones, parecen tener objetivos contradictorios. Quería mezclar esas dos formas de ver el mundo y escribir un libro inclusivo; un libro sobre las mujeres, sí, pero también para todo aquel que crea en el potencial de la humanidad y quiera estar a la altura de los desafíos de nuestro tiempo.

En el libro doy voz tanto al agua fresca de mi yo introspectivo como al fuego de mi yo feminista.

La primera parte explora los mitos e historias que conforman el ADN de nuestra cultura. La segunda se centra en las mujeres y el poder, y redefine lo que significa ser valiente, atrevido y fuerte. Y la tercera parte ofrece «una caja de herramientas para la vida interior». En ella presento ejercicios introspectivos que nos ayudan a ser no solo tenaces, sino también bondadosos, a superar el «síndrome del impostor» y a apoyarnos los unos a los otros mientras experimentamos un rito de iniciación colectivo. E incluyo historias personales de fracasos y de victorias, tanto en el trabajo como en casa, como madre, como esposa y como líder de mi organización. Lo hago porque sé que, cuando una persona se abre desde lo más profundo y cuenta sus relatos más sinceros y vulnerables, ayuda a los demás a reivindicar sus propias historias y a utilizarlas para crecer y convertirse en su versión más valiente y creativa.

Y esa es mi mayor esperanza para *Que hable Casandra*.

Con cariño,
ELIZABETH

¿Qué tipo de historia se escribirá cuando hombres y mujeres compartan por igual la tarea de hacer las definiciones? ¿Devaluaremos el pasado, depondremos categorías, suplantaremos el orden por el caos? No. Simplemente caminaremos bajo el cielo. Observaremos cómo cambia, cómo salen las estrellas y gira la Luna, y describiremos la Tierra y el trabajo que en ella se hace con voces masculinas y femeninas [...]. Ahora sabemos que el hombre no es la medida de todo lo que es humano; lo son los hombres y las mujeres. Esta idea transformará la conciencia de una forma tan decisiva como el descubrimiento de Copérnico de que la Tierra no es el centro del universo.

GERDA LERNER

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	13
PRIMERA PARTE	
HISTORIAS SOBRE EL ORIGEN	29
Eva	40
Pandora	49
Ella tiene el mundo entero en las manos	56
Escuchar a Casandra	68
El hechizo de Galatea	77
Conoce su nombre	98
Salir de la cueva	110
SEGUNDA PARTE	
HISTORIAS SOBRE EL PODER	119
La vieja historia del poder	130
Mujeres, poder y la sombra	142
Cicatrices	152
Elogio de los padres	164
Ejercer el poder de manera distinta	176

La «primera» primera línea	184
<i>Vivere militare est</i>	199
Un día sin una metáfora bélica	207
Una revolución de valores	217

TERCERA PARTE

UN FINAL NUEVO Y VALIENTE:

UNA CAJA DE HERRAMIENTAS

PARA LA FUERZA INTERIOR	227
-------------------------	-----

<i>Interiovismo</i>	234
---------------------	-----

Meditación	238
------------	-----

No hagas daño y no aguantes gilipolleces:

Una práctica de meditación	245
----------------------------	-----

Superar el síndrome del impostor	250
----------------------------------	-----

Que hable Casandra	259
--------------------	-----

Llévate a comer al otro	267
-------------------------	-----

Dale un giro al guion	276
-----------------------	-----

Legado	286
--------	-----

Sueña	294
-------	-----

<i>Fernweh</i>	297
----------------	-----

<i>Agradecimientos</i>	300
------------------------	-----

<i>Para saber más</i>	302
-----------------------	-----

INTRODUCCIÓN

ESTE LIBRO TRATA de historias, de las que cuenta una cultura y de cómo se transforman en la propia cultura. Trata de las historias a las que seguimos aferrándonos ciegamente, y de las que se aferran a nosotros: los relatos sobre el origen, los mitos rectores, las parábolas religiosas; las narrativas que se han transmitido a lo largo de los siglos acerca de las mujeres y los hombres; del poder y la guerra, del sexo y el amor, y de los valores conforme a los que vivimos. Historias escritas sobre todo por hombres, pero con lecciones y leyes para toda la humanidad. Hemos superado muchas de ellas y, sin embargo, perduran. Este libro trata sobre esos viejos relatos y también sobre lo que sucede cuando las narradoras son las mujeres, cuando hablamos desde nuestra auténtica voz, cuando exhibimos nuestros valores, cuando nos convertimos en protagonistas de las historias que contamos acerca de lo que significa ser humano.

Así que empezaré con una historia. Transcurre durante un día de verano en el Instituto Omega, el centro de educación y retiro que cofundé nada más salir de la universidad. Hoy, el Omega es una institución floreciente que todos los años ofrece centenares de talleres y conferencias en un campus del norte del estado de Nueva York. En el momento en que se ubica mi relato, yo era la única mujer en el equipo de dirección del

Omega. También era una madre soltera agobiada que compaginaba como podía el trabajo y la maternidad, que intentaba meter lo imposible a presión en cada uno de sus días.

En el comedor del Omega hay una sala en la que el profesorado puede compartir el rato de la comida e intercambiar ideas. Un día cualquiera, en esa sala se encuentra una mezcla ecléctica de pensadores innovadores: desde investigadores médicos hasta curanderos indígenas, desde *yoguis* hasta científicos, desde jugadores de baloncesto de la NBA hasta ganadores del Premio Nobel de la Paz. Ese día en concreto, estaba rodeada de oradores y profesores que mantenían conversaciones fascinantes; sin embargo, en lugar de charlar con ellos sobre los avances en la curación del cáncer, sobre la meditación *mindfulness* o sobre la psicología del deporte, estaba inmersa en un habitual debate con mis dos hijos pequeños. Yo quería que tomaran un almuerzo saludable; ellos querían irse en bici a la tienda del pueblo a comprar pollo frito y cucuruchos de helado.

Mis hijos ganaron la discusión y salieron corriendo alegremente hacia el día estival. Para entonces, casi todos los demás habían acabado de comer y se habían marchado de la sala. Sin embargo, en la esquina, encorvada sobre un libro y sorbiendo algo cremoso parecido a una sopa, quedaba una rezagada, una mujer con el pelo corto y canoso y unas gruesas gafas de lectura; una profesora universitaria de Clásicas que participaba en una conferencia que exploraba el poder del mito en la cultura moderna. Acababa de publicar un libro, una reinterpretación de leyendas antiguas desde el punto de vista de las mujeres de los relatos. Yo no lo había leído todavía. Era uno de los muchos volúmenes apilados en mi mesilla de noche, un fenómeno común entre las personas a las que les encanta leer, pero que también tienen hijos y trabajo.

Estaba a punto de salir del comedor de profesores cuando me percaté de algo desconcertante. La mujer de la esquina, la profesora de Clásicas, estaba tan absorta en la lectura que, sin darse cuenta, se estaba llenando de gotas de sopa la delantera del jersey... que, en realidad, era mío. Se lo había ofrecido la noche anterior, cuando nos habíamos visto por primera vez en una reunión de orientación para el profesorado. «Parece que tiene frío», le había dicho, y ella había asentido y aceptado el jersey sin pronunciar una sola palabra. «Qué persona tan rara», pensé. Ahora estaba sentada observándolos fascinada, a mi jersey y a ella.

Al sentir el peso de mi mirada, la profesora levantó la cabeza y me hizo un gesto. Señaló la silla que tenía enfrente, al otro lado de la mesa. Me acerqué, me senté y, al cabo de solo unos minutos, me habría dado igual que hubiera vertido una sopera entera sobre mi ropa, porque me contó una historia que resultó ser la respuesta a una pregunta que yo ni siquiera sabía que me estaba formulando. El relato me llegó a lo más hondo y se quedó conmigo. Puso en marcha la cascada de decisiones críticas que tomaría a lo largo de los años siguientes, decisiones que me ayudarían a reclamar mi voz, mi valor, mi valía personal.

Nuestra conversación comenzó de una forma bastante ligera. Le pregunté a la profesora si le gustaba su habitación, si estaba durmiendo bien, cómo iban sus clases.

—Bien, bien, bien —masculló mientras les restaba importancia a mis preguntas agitando la cuchara sopera.

Luego levantó la vista y me observó con atención.

—¿Y a ti cómo te va la vida? —me preguntó.

—¡No muy bien! —me sorprendió oírme exclamar.

De repente, me encontré contándole a aquella extraña la reunión a la que había asistido aquel mismo día por la

mañana, y no solo eso, sino situaciones en las que me veía envuelta una y otra vez en el trabajo. Le expliqué lo frustrada que me sentía como mujer en un puesto de liderazgo, que aquello era como hablar un segundo idioma, que estaba aprendiéndolo lo más deprisa que podía, pero que los hombres con los que trabajaba no parecían interesados en aprender el mío, en comprender mis ideas, en establecer mis prioridades. Me daba cuenta de que la organización tenía que llevar a cabo varios cambios importantes y también de lo que ocurriría si no los hacíamos. Aun así, nadie me hacía caso. De vez en cuando, algo por lo que yo había luchado sin éxito resurgía como una idea brillante de otra persona. Me pasaba el día claudicando o quejándome. No me gustaba en quién me estaba convirtiendo.

—No hago más que quejarme —le dije a la profesora—. Estoy siempre cabreada. Nadie me escucha. Me siento como si estuviera loca.

Ella tomó otro sorbo de sopa. Después soltó la cuchara y permaneció callada unos instantes.

—Últimamente he pensado mucho en Casandra —dijo al fin—. Te acuerdas de ella, ¿verdad?

—No mucho —reconocí.

—Bueno, pues yo te la recuerdo. Casandra era una princesa de la ciudad de Troya. Era la más hermosa de las hijas del rey Príamo y la reina Hécuba. Como tal, tenía muchos pretendientes, tanto mortales como inmortales. —La profesora echó un vistazo en torno a la sala vacía y luego bajó la voz, como para incluirme en una especie de chismorreo antiguo—. Zeus, el rey de los dioses, iba detrás de Casandra. Y también Apolo, su hijo. Para cortejarla, Apolo le otorgó algo que solo un dios podía conceder: el codiciado don de ver el futuro. No obstante, cuando intentó seducirla, Casandra

rechazó sus avances sexuales. Eso lo enfureció y él, en lugar de limitarse a privarla del don de la profecía, la agarró, le escupió en la boca y la maldijo. «Continuarás viendo el futuro, Casandra —le dijo—, pero ahora nadie te escuchará, nadie se creerá tus predicciones.» Así que daba igual que lo que profetizara fuese el saqueo de Troya, la muerte de sus hermanos o las múltiples tragedias que sufriría su pueblo: nadie creía a Casandra. Al final, terminó volviéndose loca por saber siempre la verdad y que dudaran de ella cuando la contaba. Su humillación definitiva llegó al final de la guerra de Troya, cuando un guerrero griego la raptó y la violó.

Mientras la profesora iba hilando el relato de Casandra, empecé a tener la sensación de que cada vez hablaba menos de los personajes de un mito griego y más de las mujeres en general, tanto en los tiempos antiguos como en los actuales. Finalmente concluyó:

—Escúchame bien, jovencita. A las mujeres se las ha ignorado, ridiculizado, castigado e incluso asesinado por sus opiniones desde el principio de los tiempos. Sin embargo, sin el poder equilibrador de su voz, de la voz femenina, en este mundo las cosas terminarían en catástrofe. El relato de Casandra es tu relato. Es todos nuestros relatos. Debemos hablar y debemos ser tomadas en serio. Debemos cambiar el final de la historia.

—¿Y cómo lo hacemos? —pregunté alzando la voz mientras recordaba la reunión en la que había participado aquella mañana—. Porque yo lo intento, pero no me escuchan.

La profesora me miró de soslayo.

—¿Qué hay del tono que acabas de emplear? Ese es el primer paso. Deja de lloriquear. ¿Vas a ser una profetisa condenada o vas a intentar encontrar una voz distinta y salvar tu ciudad?

—Bueno, ha exagerado un poco, ¿no? Dirijo un centro de conferencias. No son cuestiones de vida o muerte.

—¡Pues claro que lo son! No importa dónde trabajes, a qué te dediques, dónde vivas. Las mujeres saben algo que el mundo necesita con urgencia. Lo sabemos en lo más profundo de nuestro ser. Lo hemos sabido siempre.

—Sí —contesté—. Eso está muy bien, pero...

—¡Chis! —La mujer se llevó un dedo a los labios—. Escucha —susurró—, escucha a Casandra. —En aquel momento se parecía más a la bruja bondadosa de un cuento de hadas que a una profesora de una universidad de prestigio. Estiró el brazo por encima de la mesa del comedor y posó una mano sobre la mía—. Cuando Casandra habla, debemos escuchar. Hay trabajo que hacer. Escúchala y luego ponte a trabajar.

Me dio unas palmaditas en la mano, se puso de pie, se pasó una servilleta por el pecho —de forma que esparció la sopa por todo mi jersey— y salió del comedor.

Nunca volví a ver aquel jersey. Nunca volví a ver a la profesora. Y nunca olvidé aquella historia. A partir de ese momento, durante las crisis y las encrucijadas del trabajo evocaba a Casandra. Recurría a ella para que me ayudara a encontrar mi voz, a confiar en mis valores y a cambiar el final de la historia. Desde entonces, nunca he dejado de apelar a ella, y no solo en mi vida, sino también a modo de oración por el mundo. Sé «en lo más profundo de mi ser» que podemos romper la maldición de Casandra, que podemos disipar la desconfianza y el menosprecio persistentes que las mujeres sufren en nuestra cultura. Y, cuando lo hagamos, toda la humanidad se beneficiará.

En los últimos años, he pensado en esta historia casi a diario, ya que cada vez más mujeres exigen que se las escuche

y se confíe en ellas. También he pensado en otras historias antiguas y modernas, en toda una mezcolanza de relatos que la gente lleva siglos absorbiendo. En historias que cuentan narrativas falsas y destructivas sobre las mujeres y los hombres, la femineidad y la masculinidad, y la naturaleza y el propósito de la vida. Historias que haríamos bien en descartar y en sustituir por otras más sanas.

La primera parte de este libro, «Historias sobre el origen», explora algunos de los relatos antiguos, empezando por Adán y Eva, la pareja más influyente de la cultura occidental. He aquí un pequeño recordatorio de nuestra preponderante historia sobre el origen: en el comienzo, la vida era magnífica en el jardín del Edén, hasta que Dios se dio cuenta de que Adán necesitaba una compañera y por eso creó a Eva, la primera mujer. Entonces a ella le entró curiosidad, escuchó a una serpiente, sedujo a Adán para que desobedeciera a Dios y a partir de entonces todo fue de mal en peor. «La Caída.» Esa es la base, el relato sobre el que se establecen todos los demás, el primero que representa al ser femenino como «el segundo en ser creado y el primero en pecar». Ese mensaje está marcado a fuego en nuestra cultura, es nuestro ADN, conforma nuestra vida diaria, vive en nuestro cuerpo. Para ofrecerte una muestra del legado que se nos ha transmitido desde Adán y Eva, aquí van tres citas de escritos que exploro con mayor detenimiento en la primera parte.

De Tertuliano, un escritor cristiano a menudo descrito como el fundador de la teología occidental:

Mujer, parirás en medio de dolores y angustias, te volverás hacia tu marido y él te dominará: ¿y no sabes que tú eres Eva? Vive la sentencia de Dios sobre este sexo aún en este mundo: que viva también la culpa. Tú eres la puerta del diablo; tú eres

la que abriste el sello de aquel árbol; tú eres la primera transgresora de la ley divina [...]; por tu merecimiento, esto es, por la muerte, incluso tuvo que morir el Hijo de Dios.

Del Eclesiastés, un libro sapiencial de la Biblia:

Un don del Señor la mujer silenciosa,
no tiene precio la bien educada.
Gracia de gracias la mujer pudorosa,
no hay medida para pesar a la dueña de sí misma.

Y esta, de la Mishná, un compendio sagrado de leyes judías:

A la mujer, Dios le impuso nueve maldiciones: la carga de la sangre de la menstruación y la sangre de la virginidad; la carga del embarazo; la carga del parto; la carga de criar a los hijos; la cabeza cubierta como el que lleva luto; se agujerea la oreja como esclava perpetua; no es aceptada entre los testigos.

Esta última me perturba de verdad: la menstruación y la crianza se ven como cargas en lugar de como ejemplos de fortaleza, mérito y poder, mientras que las cualidades físicas y los papeles reservados a los hombres se elevan a la categoría de atributos semidivinos. Aquí es donde empezó todo. Y la última frase: «No es aceptada entre los testigos»; esta antigua acusación se repite como el eco a lo largo de la historia. Se encuentra en relatos de la Biblia y en los mitos griegos, en los cuentos de hadas que les leemos a los niños y en la literatura que estudiamos en los centros educativos. Es la historia de Casandra y la de cualquier mujer que haya sido menospreciada, ninguneada o castigada por tener una opinión propia. Es el viejo tropo de la chica histérica o la mujer despechada a la que no debe creerse como testigo de su propia experiencia.

Pero hay buenas noticias: pese a que la desconfianza hacia las mujeres está en la raíz de la historia, no tiene que seguir siendo el fruto.



La segunda parte de este libro trata sobre las mujeres y el poder, sobre redefinir lo que significa ser valiente, osada y fuerte; sobre recuperar palabras y hacerlas nuestras y sobre ejercer el poder de manera distinta.

El verano en que murió la autora Toni Morrison, me leí de corrido sus majestuosas novelas y ensayos. Durante años, Morrison había sido un faro para mí: una persona que decía la verdad, que encontraba el camino, que cambiaba la cultura. Una mujer que daba testimonio de su propia experiencia y contaba su historia con valentía. Recuerdo la primera vez que vi a Oprah Winfrey entrevistándola en televisión, en 1996. Morrison ya había ganado el Premio Pulitzer, el American Book Award y el Premio Nobel de Literatura, pero resultaba obvio, con solo observar su manera de estar, con solo escuchar su voz suave como un susurro y sin embargo solemne, que no necesitaba ninguno de esos premios para ser consciente de su propia valía. Le dijo a Oprah: «Siempre he sabido que era gallarda».

Me sorprendió que utilizara esa palabra, gallarda. No es un término que las mujeres suelen emplear para describirse; no obstante, cuando la oí utilizar esa expresión, sentí que enderezaba la columna vertebral y que levantaba la cabeza, y entendí de dónde había sacado Toni Morrison el valor para contar las historias que vivían en sus huesos y para escribir libros revolucionarios.